

## Editorial

Actualmente, el tema de *millennials* se está abordando cada vez más con relación a muchos aspectos afines a las características de esta generación.

Los millennials o la generación Y, son personas que nacieron aproximadamente entre los años 1980 y 2000, son nativos digitales, ya que su crecimiento fue influido por el manejo de diferentes medios de comunicación virtuales.

Las opiniones al respecto de esta generación son divididas. Algunos opinan que son más capaces que las generaciones anteriores, tienen un nivel educativo más alto, son innovadores y creativos, cuentan con habilidades sociales que les facilita el trabajo en equipo, tienen un alto nivel de manejo de medios virtuales, que les permita agilizar su trabajo y lograr mayores resultados, entre otras cosas. Son jóvenes que muestran un pensamiento crítico e independiente, cuestionan los dogmas sociales y religiosos, más conscientes con el ambiente y compromiso social.

Sin embargo, hay otras posturas que exponen el lado negativo de esta generación, afirmando que son perezosos, cómodos, no se esfuerzan por lograr metas en la vida, reacios a cualquier compromiso, orientados al disfrute del presente, impacientes, inmediatistas, etcétera.

Ambas posturas, por más dicotómicas que parezcan, son ciertas, porque el fundamento principal que marca pauta y causa efecto en la humanidad, a partir de esta generación en adelante, es la tecnología, y la tecnología en sí misma, como cualquier otra herramienta, no es buena ni mala, todo depende del respectivo uso que se puede dar a esta.

Los humanos tenemos unas capacidades y habilidades limitadas, tanto física como intelectualmente. En este orden de ideas, hemos creado las herramientas culturales que nos permiten compensar estas limitaciones. Estas herramientas pueden ser muy potentes y poderosas, sin embargo, su efecto y su uso dependen del ser humano, de la intención y finalidad última que está determinada por la decisión que toma un ser humano "limitado". Así podemos ver, que el inmenso poder de energía nuclear puede ser utilizado para generar energía renovable o para destruir países enteros.

La tecnología como una herramienta cultural creada por el mismo hombre, se pone al servicio del pensamiento humano, pero no convierte a nadie en alguien más inteligente. Por esta razón, el aspecto clave sigue siendo la formación en el ser humano, desde las edades más tempranas, de las habilidades del pensamiento y de las intencionalidades cognoscitivas, que implican el deseo de aprender, el interés por el conocimiento, la curiosidad y la pasión por las fronteras de la ciencia. Precisamente, la tecnología actual puede ser una perfecta aliada en esto, ya que cualquier persona puede tener acceso ilimitado a un vasto espacio de conocimiento solo con un clic. Pero esto, también, puede llevar a un camino facilista, donde la misma disponibilidad de información, permite convertirse en un parásito, no pensar, y solo copiar y pegar, sin siquiera leer lo que se copia.

La tecnología, como todas las herramientas culturales, tiene un efecto bumerang en la humanidad y este efecto depende de la dirección en la cual apunta “el bumerang”. Así que el cultivo de la disciplina del pensar y de la emoción positiva asociada al aprender, es lo que permite que la tecnología tenga un efecto positivo, permitiendo al hombre evolucionar, desarrollando sus capacidades creativas e innovadoras y no involucionar, desarrollando las áreas cerebrales que responden por el uso de sus pulgares.

En este orden de ideas, y como en todas las generaciones anteriores, la educación y la formación es la clave de todo.

La infancia y adolescencia, son cruciales para la formación, ya que son épocas de la vida donde el ser humano está en mayor medida sujeto a las influencias externas alienantes que provienen de la familia, escuela y sociedad en general, siendo su capacidad metacognitiva de razonamiento y cuestionamiento todavía bastante limitada, tanto por falta del desarrollo de las habilidades del pensamiento abstracto, como por deficiencias en las mismas influencias educativas. La influencia socio-cultural en las primeras etapas de la vida del ser humano determina las características de la construcción subjetiva de la realidad de cada persona, lo cual, a su vez, se refleja en sus actitudes, comportamiento y escala de valoraciones vitales. Así que un ser que vive en un ambiente social con filosofía facilista, consumista, desechable y reembolsable, y que, además, no tiene necesidad de esforzarse ni para pensar (se puede bajar la versión “dummies” de todo o copiar de “tareas.com”), se convertirá en un perfecto ejemplar de “millennials” en su versión negativa.

Sin embargo, el ser humano, pese a cualquier tipo de influencias formativas que ha recibido durante la infancia y adolescencia, puede llegar a hacer uso de sus facultades de razonamiento y pensamiento, y tomar el asunto de actitud frente a la vida en sus manos. En este aspecto, considerando la impor-

tancia que cumplen para el ser humano los lóbulos frontales como soporte de su comportamiento organizado, autodirigido y autoadministrado, y, teniendo en cuenta que su maduración fisiológica termina alrededor de los 20 años, la educación universitaria y la formación que reciben los jóvenes en estos ambientes son en gran medida determinantes. El final de la edad adolescente y, sobre todo, la edad adulta joven es una etapa crucial donde, mediante el uso de su habilidad metacognitiva, el ser humano puede elevarse, en cierta medida, sobre su condición humana limitada y alienada y tomar la decisión de ser (pensar, aprender, cuestionar, crear, dejar huella, trascender, discernir y analizar, disfrutar de la capacidad de aprender y conocer, etc.) o no ser (vivir en un estado de fascinación infantil por las innumerables distracciones del mundo, imitar y repetir sin comprender e ir por la línea del menor esfuerzo y de tolerancia cero, navegando como una chalupa a la deriva y sin rumbo en un océano virtual de redes sociales).

Por esta razón, la etapa universitaria es clave, y no desde el punto de vista informativo, porque la misma tecnología ya solucionó este asunto, sino desde el punto de vista formativo, ya que tiene el compromiso de poner al joven en la obligatoriedad de hacer uso de su pensamiento.

Además, es necesario tener en cuenta que muchos estudiantes que inician sus estudios universitarios actualmente ya no son generación Y, sino la “generación Z” (post-millennials), que nacieron a partir de finales de los 90 (1998 en adelante), que se denomina, también, como “iGeneration” o “generación Snapchat”. Esta generación es completamente nativa digital ya que aprendieron a manejar los dispositivos tecnológicos antes de aprender a leer y escribir, comparten muchas características con la “generación Y”, pero son mucho más moldeados por el mundo tecnológico y realidad virtual, para la “generación Z” las redes sociales definen sus relaciones interpersonales, tienen una velocidad de procesamiento de información más alto, pero también un lapso de atención más corto, y sufren del síndrome de FOMO (Fear Of Missing Out) o temor a estar desconectados. Una mayor influencia de tecnología en la vida de esta generación implica que las características tanto positivas, como negativas de los millennials se magnifican en esta generación Z. Podemos encontrar jóvenes brillantes para quienes el mundo de robots, viajes en el universo, vehículos antigraavedad, cyborgs, la vida extraterrestre, etc., son cosas completamente normales que les apasionan y los impulsan a aprender de forma autónoma y acelerada, creando innovaciones tecnológicas y posibilitando el progreso de la humanidad. Pero, también, podemos encontrar, desafortunadamente en un porcentaje mucho mayor, a los jóvenes que no quieren crecer, sufren del “síndrome de la fatiga crónica” sin hacer absolutamente nada,

aparte de estar absortos e hipnotizados por las innumerables redes sociales, que personifican la pereza mental al máximo, y creen que el mundo les debe todo solo por el hecho de existir.

El docente universitario contemporáneo se enfrenta a un reto sin precedentes: ¿Cómo motivar a pensar a una cada vez creciente cantidad de jóvenes que no quieren hacerlo?

Sin duda es una tarea épica y para no morir en el intento, es necesario cambiar de manera casi drástica las estrategias de enseñanza, empezando no por el principio (que se debe aprender: información), sino por el final (para qué sirve, qué se hace con esta información, y cómo se hace). La situación del aprendizaje tiene que forzar al estudiante a salir de su zona de confort, donde la tecnología pase de ser un medio de distracción y pasatiempo agradable y atrofiante para el cerebro, a ser una herramienta para el desarrollo del pensamiento y de la intención de aprender a lo largo de su vida.

*Olena Klimenko  
Docente, Institución Universitaria de Envigado.*